

CONFERENCIA IMPARTIDA EN EL DEPARTAMENTO NÚMERO 11-DIDÁCTICA DE LAS LENGUAS, LAS ARTES Y EL DEPORTE TITULADA "LITERATURA INFANTIL Y ANIMACIÓN A LA LECTURA" DICTADA POR EL ESCRITOR JOSÉ ANTONIO DEL CAÑIZO Día 28 de abril de 2016. Empiezo afirmando plenamente convencido de ello que sin la lectura no puede surgir en nuestra mente el gozoso descubrimiento de todas sus posibilidades de emoción, imaginación, conocimiento y sentimientos. Y desde el principio quiero dejar claro que yo ofrezco una gran ventaja respecto a otros conferenciantes, y es que cuando me preguntan algo que ignoro sé pronunciar las cuatro palabras que otros jamás pronunciarían: ESO NO LO SÉ. ¿Parecen fáciles, no? Pues a algunos les resultan difícilísimas. Y empiezo. *** Muchos tuvimos mucha suerte, y fuimos iniciados en ese descubrimiento cuando éramos niños y nos contaban cuentos. Y multitud de lectores de todas las edades hemos disfrutado muchísimo leyendo La isla del tesoro y El extraño caso del Doctor Jekyll y Mister Hyde, novelas por las que debemos eterno agradecimiento a Alison Cunningham. Y que nadie piense: -¡Vaya equivocación más grande, si son de Robert Louis Stevenson! Pero de eso nada. En realidad se las debemos en gran parte a la niñera del pequeño y enfermizo Robert, la cual le contaba cuentos y recitaba himnos y poemas en las frías y lluviosas noches escocesas. Ella leía, contaba y declamaba con tanta entonación y tanto sentido dramático que aquel fascinado niño se aficionó muchísimo a ese gran placer de que nos cuenten historias, y ello le animó cuando ya era adulto a lanzarse a inventar otras con su vibrante y poderosa manera de escribir. Y lo más curioso es que al pequeño Robert le gustaba tanto escucharla que retrasó el momento de aprender a leer, para prolongar el placer y la admiración que le causaba el comprobar cómo una simple voz humana podía crear tantos ambientes y dar tanta vida a lo narrado. *** Pero no solamente les han contado historias a los niños, sino también a muchos adultos. Esto se ha hecho, por ejemplo, para acompañar con lecturas piadosas el tiempo de la comida en conventos y monasterios. Y para entretener y culturizar a los obreros durante trabajos repetitivos, como en Cuba a mediados del siglo XIX, cuando la gran mayoría de los cigarreros eran analfabetos. Y más adelante los que emigraron a Florida continuaron con esa costumbre, hasta el punto de que una de las más prestigiosas marcas de puros o habanos se llamaba y se sigue llamando Montecristo por lo mucho que disfrutaron al escuchar durante numerosas jornadas laborales la obra de Alejandro Dumas titulada El Conde de Montecristo. Y muchas veces alguien les leía a otros simplemente porque durante largos siglos y en dilatadas regiones eran muy pocos los que sabían leer, y rarísima la casa en que había libros. *** Hay un caso concreto que me gusta mucho, pues lo protagonizó hace unos tres siglos uno de los mejores animadores a la lectura de que tengo noticia. Vivía en una comarca rural donde no había más que un libro, un ejemplar editado en 1720 de una famosa obra del historiador romano de hace veinte siglos llamado Flavio Josefo. Dicha obra se titulaba Historia de la guerra de los judíos contra los romanos y de la ruina de Jerusalén, y él fue testigo de algunos de sus acontecimientos. El dueño de ese libro único en aquella comarca iba de aldea en aldea y de finca en finca para leer unas páginas con tanto apasionamiento que sus rústicos oyentes vibraban con aquellos hechos sucedidos hacía dieciocho siglos como nosotros podemos escuchar ciertas noticias importantes de última hora. Me encanta imaginarle dándose largas caminatas por montes y llanuras para declamar aquellas crónicas de una guerra tan ajena, remota y olvidada, y suspender astutamente la lectura en cada casa en el mismo punto, para que ningún vecino pudiera contar a otros la continuación. Así los mantenía en vilo hasta su próxima visita, de manera que cuando se acercaba a cada casa salían a recibirle preguntando ansiosamente: -¿Qué noticias nos traes? -Malas, muy malas. Van a pasar cosas terribles. ¡El Emperador Tito ha puesto cerco a Jerusalén! -A ver, a ver, cuenta, cuenta - le pedían, frotándose las manos, como si se tratase de noticias de última hora. *** Y también hay quien ha leído libros a otros, y sin parar, porque no ha tenido más remedio, ya que existen personas tan amantes de la lectura que son capaces de cualquier infamia, con tal de tener a alguien que les lea, o al menos eso pasa en algunas novelas. Por ejemplo, el agudo escritor británico Evelyn Waugh, autor de novelas importantes, como Un puñado de polvo, Decadencia y caída y Retorno a Brideshead, presenta en la primera a un viejo que ha vivido siempre en las profundidades de una

selva americana, pues nació allí de padre inglés y madre nativa. Su padre leía en voz alta obras de Dickens, y tan absorbido estaba en disfrutarlas y en contagiar a su hijo su entusiasmo por ellas que ni siquiera se molestó en enseñarle a leer, con lo cual el después huérfano adolescente y luego adulto se desesperaba al ver que muchas de aquellas páginas iban siendo devoradas por insectos y hongos en vez de por él mismo. Y un día apareció en aquella zona de la selva un joven que se había alejado del grupo de ingleses del que formaba parte y se perdió, y nuestro desesperado viejo le acogió y le alimentó. Y a cambio le hizo leer sin parar varias obras de su amado Dickens. El recién llegado lee y lee y lee, dándose obligadamente unos atracones de Dickens tremendos, mientras espera con una impaciencia creciente que vengan a salvarle. El insaciable oyente está feliz y le elogia diciendo que lee estupendamente. Y cuando se ha deleitado con David Copperfield, Historia de dos ciudades, Grandes esperanzas y alguna más, el viejo oye un día voces que se acercan. Rápidamente emborracha al lector, le droga y le esconde, y a los que vienen a salvarle les dice que ha muerto, y se marchan consternados. ***^ Y ahora cambiamos de tema. Hace unos cuantos años los organizadores de la Feria del Libro de Málaga me dieron un premio por mi labor en pro de los libros y la lectura, y en mi discursito de agradecimiento hablé en plan de broma de la importantísima literatura de la concisión que caracteriza a nuestra época. La componen varios géneros literarios insuficientemente valorados por críticos y editores, como son los minúsculos textitos que acompañan a los anuncios, las banales frases de famosos y famosas, y la literatura de camioneros, constituida por esas pocas palabras que caben en el único renglón disponible encima del cristal de la cabina, lo cual otorga a esas obras un mérito grandísimo. De esa literatura a cien por hora los textos que más me han gustado y que tengo apuntados incluyen manifestaciones de amor paternal tan entrañables y de tan rica sonoridad como "Por mi Vanesa, mi Ainhoa y mi Iván", hasta pensamientos tan consoladores como "Más deben otros". ¡La cantidad de plazos del cuantioso importe total de su camión que le quedarían por pagar a ese pobre hombre! Pero un amigo me contó que ha visto circular por una carretera andaluza una breve obra maestra que en solo cuatro palabras entre signos de exclamación encierra toda una novela de amor. "¡Ahí viene mi Pepe!", proclama en letras blancas sobre la carrocería oscura ese inspiradísimo renglón. Y ahí tenemos la novela de ese sencillo matrimonio de provincias, camionero él y hacendosa ama de casa ella, que cuando calcula que su marido está pisando a tope el acelerador porque está a punto de llegar a casa sube a la terracita y se pone a otear el horizonte. Y oteando, oteando y oteando durante horas, alargando el cuello con el corazón galopando en su pecho, ve al fin emerger sobre el perfil del cambio de rasante el renglón deseado. -¡Ahí viene mi Pepe! - grita gozosa nuestra Penélope andaluza, y baja corriendo las escaleras repitiendo ese texto hasta que el camión llega y su marido baja y la coge en sus brazos. *** Y para terminar preguntémos: ¿De qué les sirvió leer o bien oír leer a esas personas? A Robert Louis Stevenson el que le contasen y leyese cuentos de pequeño le sirvió para crear obras maestras que ahora disfrutamos nosotros. A los confeccionadores de habanos y a los que oyeron contar la destrucción de Jerusalén con mil ochocientos años de retraso les sirvió para despertar sus mentes y sentir el placer de saborear una historia, y ello en medios poco propicios, iluminando así sus vidas duras y rutinarias. Al insaciable oyente de obras de Dickens le sirvió para soportar mejor la soledad y la incomunicación con sus semejantes y para vivir otras vidas muy distintas. Y a nuestra ingenua y anhelante Penélope andaluza le bastaba ese único renglón para sentir las mayores alegrías de su vida. *** He seleccionado solamente unos pocos ejemplos interesantes y curiosos; pero a un número casi infinito de lectores de todos los tiempos esta afición les ha servido para ampliar su horizonte mental y vivir otras vidas, conocer otros países, otras costumbres, otras maneras de pensar, y con ello hacerse más comprensivos y menos racistas o intolerantes. Y a quienes tengáis menos costumbre de leer, o consideréis que con leer los libros de texto tenéis de sobra, os recomiendo muy afectuosamente que probéis, que pidáis a los profesores, y también a los compañeros que sí lean, que os recomienden algunos libros que les parezcan idóneos. Muchas personas han enriquecido gracias a la lectura su vida interior y su vocabulario y su imaginación, han

logrado que su conversación sea más interesante y variada, han aprendido muchas cosas del mundo y de la vida sin el esfuerzo que requieren los libros de texto y ensayo, se han divertido, emocionado e intrigado, y han desarrollado su imaginación. ¿Hay quien dé más?